

Las utopías renacentistas. La sociedad y la educación en el mundo utópico de Tommaso Campanella

*Virginia de la Torre Veloz**

*María Estela Ramírez Rodríguez***

Introducción

Todas las utopías —como concepciones ideales, como proyectos o como programas sociales y económicos— tienen una razón para existir: son el *ethos* de los pueblos expresado por sus representantes más lúcidos. Reflejan el anhelo universal de felicidad que toma forma en la imaginación de las sociedades.

Las utopías constituyen un tema recurrente en las obras literarias de todos los tiempos: desde la obra platónica, pasando por las profecías bíblicas de la Tierra Prometida, hasta la fragua utópica renacentista, representada en las obras de Tomás Moro, Tommaso Campanella y Francis Bacon, acaso precursoras de los falansterios y de los socialismos utópicos de principios del siglo XIX. Las utopías son literatura y filosofía, pero también, y sobre todo, un fenómeno social.

Muchas sociedades, en el transcurrir de su historia, quisieron implantar sistemas utópicos, ensayados en al-



IZTAPALAPA 41

ENERO-JUNIO DE 1997

pp. 99-114

- * Profesora titular del Departamento de Sociología de la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Azcapotzalco.
- ** Profesora asociada del Centro de Lenguas Extranjeras de la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa.

gunas ocasiones en pequeñas comunidades, que después se han visto desintegradas o absorbidas por la inexorable presencia de sociedades más fuertes y grandes. De cualquier forma, históricamente han existido, aunque de manera efímera —a veces viable, otras no tanto— las soluciones utópicas a los problemas más críticos de los diferentes grupos sociales. En ocasiones estas soluciones se han convertido sólo en mitos, caracterizados por la lejanía espacial y geográfica.

La humanidad ha atravesado por épocas en las que la necesidad de soñar con una sociedad ideal —donde la situación humana se transforma para alcanzar la felicidad— ha sido más poderosa. Durante el Renacimiento y el Barroco esta necesidad de soñar aumentó, por un lado, debido al resurgimiento del interés por los problemas humanos; por otro, ante la necesidad de concretar en forma escrita, a veces encubierta, el plan ideal de algunos filósofos, quienes elaboraron visiones de la vida y del mundo originales y alternativas a la sociedad en la que vivían.

En los siglos XVIII y XIX, los ideales de igualdad, fraternidad y libertad se difundieron por el mundo como la médula de la utopía incipiente de la Francia revolucionaria.

Actualmente, en el siglo XX, la utopía pasa por una situación paradójica: por un lado, a través de obras de cientí-

ficos importantes que plantean la influencia de los descubrimientos tecnológicos se reviven sueños cada vez más grandes y fantásticos sobre la felicidad del individuo. Sin embargo, sintomáticamente, en este siglo han surgido también las antiutopías, tendencia del pesimismo finisecular ilustrado en obras como *Fahrenheit 451*, de Bradbury; *Un mundo Feliz*, de Huxley; o *1984*, de Orwell, donde el dominio del Estado o las corporaciones sobre el individuo lo alienan hasta despojarlo del más elemental rasgo humano. Acaso el llamado “fin de la historia” actualiza esta sensibilidad, marcada por el fatalismo de las fuerzas del mercado y por la miseria engendrada en aras del “realismo económico”, y de su correlato político que cancela toda pretensión transformadora de los grupos y de los individuos.

Sin embargo, el impulso humano a subvertir los destinos manifiestos parece inextirpable, particularmente cuando dispone del legado de las utopías clásicas y de sus principales representantes a las sociedades de la actualidad.

Walter Montenegro ratifica esta idea, al afirmar que el jipismo y algunas otras corrientes paralelas surgidas en EUA y en el resto del mundo occidental, a principios de las décadas de los sesenta y setenta, tienen un contenido utópico en el sentido de que buscan nuevas formas de asociación y convivencia humanas, eminentemente cooperativas, pres-

cindiendo del concepto de autoridad y de las preocupaciones económicas de las sociedades actuales.

Este trabajo, en lo particular, se remonta a la idea clásica de la utopía, al analizar el origen social de las utopías renacentistas, a partir del modelo de sociedad ideal y educativo que plantea Tommaso Campanella, en su libro titulado *La Ciudad del Sol*.

Tal vez esta reflexión contribuya a develar, no sólo el sustrato ético y humano de las utopías, sino el contenido práctico de éstas, que se desprende del enfoque diferente de la relación de la especie humana con la riqueza que produce, con el poder y con la naturaleza.

Finalmente, habría que añadir que los problemas de la libertad y de la igualdad son elementos consustanciales a la actividad imaginaria que nutre a las utopías, en tanto que connotan la insubordinación con la realidad social y material prevaleciente, asunto que, como se ve, atañe al dilema de la sociedad moderna atrapada en el imperativo de la producción de bienes y servicios, por encima de cualquier otra consideración.

La desigualdad social

Se podría decir que desde las comunidades primitivas hasta las sociedades industriales, la desigualdad ha estado presente y ha sufrido la misma suerte durante el desarrollo dinámico de la historia.

El mundo esclavista de la Antigüedad es pródigo en referencias que patentizan la desigualdad entre los hombres, entre los hombres y mujeres y entre los pueblos. Bastaría con citar, por el momento, a los filósofos griegos Faleas y Platón, quienes concebían como un contrasentido la acumulación de la riqueza en unas cuantas manos, y abogaban por la posesión común de la propiedad.

Posteriormente, en la Edad Media, la desigualdad afloró como un agravio en la conciencia de los pueblos, y originó la proliferación de movimientos religiosos que criticaban la opulencia de unos estratos en desventaja de otros.

Esta sucesión de movimientos cristianos radicales se convirtieron en verdaderas sectas heréticas que continuaron su tarea mucho después de la Reforma Protestante.

Ya en el siglo XVII destacó el inglés Gerard Winstanley, quien dirigió la secta niveladora conocida como Los Cavadores, nombre que debían a su práctica de cultivar las tierras ociosas sin el consentimiento de sus acaudalados propietarios.

A partir de la Revolución Inglesa de 1648 las fuerzas del igualitarismo radical realizaron grandes avances, tanto en el aspecto político como en el intelectual, ya que se llevaron a cabo con éxito grandes revoluciones en nombre del igualitarismo, y se organizó un movi-

miento político internacional de masas que daría origen al socialismo. En el terreno intelectual, se llegó a un elevado grado de refinamiento y madurez.

En los siglos XVII y XVIII Locke y Rousseau, quienes popularizaron la teoría de que la soberanía reside en el pueblo como un todo, y no en el rey, dieron un gran paso adelante en esta dirección. Sus obras sentaron las bases para la comprensión moderna de los derechos naturales e hicieron mucho por socavar la antigua teoría del derecho divino de los reyes.

Aunque estos autores no fueron los primeros en proponer la teoría de los poderes de los gobiernos derivados del consentimiento de los gobernados, fue en su época (siglos XVII y XVIII) cuando esta teoría llegó a cimentar una acción política avanzada.

Cabe señalar que mientras los principales movimientos igualitarios del siglo XVIII se orientaron hacia la destrucción de la desigualdad legal, en los siglos XIX y XX apuntaron fundamentalmente hacia la erradicación de la inequidad económica. En este tiempo el socialismo dejó de ser sólo una forma de especulación filosófica para convertirse en un gran movimiento político de avances insospechados.

Ya Carlos Marx y Federico Engels, en el *Manifiesto del Partido Comunista*, escrito en 1848, presentaron brevemente un análisis de las causas de la

desigualdad social combinado con un programa de acción política destinado a acelerar el nacimiento de un orden social nuevo y equitativo.

Esta desigualdad social que atraviesa las épocas y los pueblos ha provocado la búsqueda de soluciones o paliativos que lleven al mejoramiento de un determinado sistema socioeconómico.

Con ese móvil, la humanidad, en su incansable búsqueda de la felicidad, ha incursionado en varios proyectos que van del sueño a la realidad y viceversa. Y la distancia media entre esa realidad y sus sueños ha señalado la aparición de las utopías. Esa distancia ha estado separada por las condiciones materiales, por la mayor o menor conciencia de los pueblos y por la acción humana subsecuente en el tiempo y en el espacio.

Génesis y significado de las utopías

Las utopías llevan en su propio significado la negación de su posibilidad de existir materialmente. Su etimología *ou-topos* quiere decir literalmente "lugar que no existe." La utopía es una quimera, una ilusión, lo utópico es lo que se sueña y, en su calidad de sueño, no sólo es irreal sino también irrealizable. Sin embargo, en las utopías subyace una crítica al estado de cosas prevalente, son el anverso de la realidad social; pero no sólo eso, son también una respuesta humana a la necesidad de

definir un destino hacia el cual dirigir sus acciones.

Por otro lado, las utopías no siempre se han concebido de manera explícita, sino a través de mitos de tierras lejanas y desconocidas, extrañas a su verdadera situación geográfica y social.

Usualmente los utopistas ubican sus proyectos ideales en islas o sitios paradisiacos, en mundos paralelos a los suyos, pues su imaginación se encuentra estimulada por sueños, contemporáneos o anteriores a ellos, de lo que debería ser una sociedad justa. El ambiente que suelen describir estas ideas utópicas es siempre sano y agradable, lejos de todo lo relacionado con el orden imperante en los países a los que los autores pertenecen y con los cuales no están muy de acuerdo.

Sin embargo, toda utopía nace en una sociedad precisa y en coyunturas específicas que la provocan; por ello las premisas que conforman a las utopías están troqueladas por la circunstancia histórica concreta en la que fueron gestadas. La gran paradoja de lo anterior, como se ha dicho, es que sus autores tratan de eludir esa realidad y tiempo al que pertenecen, al buscar ideas, para la formulación de sus propuestas, en épocas pasadas o en proyecciones futuristas.

En la gestación de las ideas utópicas está presente una situación de crisis social, portadora de un sentimiento generalizado de desarmonía. Esta circuns-

tancia remite inevitablemente al cotejo del ideal original que sentó las bases de la sociedad cuestionada. Ese sentido original, por efecto de contraste, pone en evidencia el orden social insatisfactorio.

Así, el ideal de perfección al que aspiraba la sociedad en crisis puede encontrar dos destinos posibles: su restauración (al actualizar sus presupuestos), o su obsolescencia definitiva. De cualquier forma, cuando la situación prevaliente se revela insufrible, el hombre inventa un mundo mejor o pone sus ojos en el pasado.

Roger Mucchielli señala dos actitudes que se encuentran en el origen de toda utopía: el sentimiento vivo de las inequidades históricas unido a la observación metódica de la realidad política y social del momento histórico del utopista, y la idea pesimista de que no existen los medios para rectificarla.¹

En el terreno de lo político Lenin afirma acerca de las utopías: "En política, utopía es un deseo que en modo alguno puede convertirse en realidad, ni en nuestros días ni en lo porvenir; un deseo que no se apoya en las fuerzas sociales ni está respaldado por el crecimiento y el desarrollo de las fuerzas políticas, de las fuerzas de clase".²

Asimismo, Lenin piensa que cuanto menos libertad tenga un país y cuanto más parcas sean las manifestaciones de la lucha de clases, aunado al bajo nivel

de instrucción de las masas, con tanta mayor facilidad pueden surgir en ese lugar las utopías políticas y se mantendrán por más tiempo.

Esta tesis se vería reforzada en el ejemplo extremo de la utopía religiosa o trascendente, que postula la existencia de una realidad superior, por encima de la realidad mundana y localizada al término de esta vida.

Sin embargo, la noción de una sociedad verdaderamente justa es sustento indefectible de todo orden social. Ello deriva de la necesidad de un balance básico entre los beneficios de la vida social y sus desventajas, el cual, cuando es roto, precipita la crisis y la descomposición, pues no existe sociedad que carezca de un referente de legitimación y una convicción necesaria en el accionar de los pueblos, por elemental y fantástico que pueda parecer.

Además, la capacidad de forjar utopías parece consustancial a todas las culturas, hecho que se puede rastrear a lo largo de la historia con variadísimas manifestaciones de anhelos compartidos por todos los pueblos.

Entre el medioevo y el Renacimiento

La *República*, de Platón, que esboza una versión de la comunidad ideal, podría ser el punto de partida que dé cuenta de la construcción de la utopía renacentista.

La utopía se ocultó durante siglos y volvió a revivir aproximadamente en el siglo XII; su resurgimiento se asocia estrechamente con el advenimiento del pre-capitalismo o capitalismo incipiente. Es el momento de inflexión en el que el feudalismo empezaba a resquebrajarse y el poder capitalista aún no se consolidaba; el antiguo orden estaba perdiendo su predominio, pero no estaba claro todavía en qué consistiría la nueva época. Los cambios verificados en las regiones rurales, tanto en el uso y la tenencia de la tierra como en la condición de las personas, la creciente población de las ciudades y el desarrollo de la vida urbana provocaron hondos desajustes que afectarían la suerte de individuos y grupos sociales.

Así, en el tránsito de una posición tradicional a una nueva, los sujetos podían caer fácilmente en una situación de desamparo y de cruenta miseria, sin perspectivas a corto plazo para superarla. Inevitablemente, la gente empezó a soñar con una sociedad buena y diferente, con un orden compensatorio contrario a la realidad que padecía. Después de la ensoñación, vino la lucha por materializarlo.

Este movimiento se generó en el sur de Francia, al norte de Italia, Flandes, Barbante e Inglaterra, que eran las zonas más adelantadas económicamente. Así, entre los siglos XII y XVI, la utopía estableció su primer contacto con el naciente capitalismo.

En la mayoría de los casos este nuevo utopismo tomó una forma religiosa manifestada en oposición al clero; la utopía fue concebida como el reino de Dios sobre la tierra. De esta forma, en Europa se extendió un movimiento místico herético de sectas provenientes de las antiguas herejías .

Esta tradición llegó a Thomas Münzer, el profeta y líder de la revolución campesina alemana del siglo XVI. Münzer predicó una especie de humanismo ateo con ideas de igualdad y bondad social. En 1525, Münzer se estableció en Mullhausen e intentó instalar un régimen muy similar al comunista, pero en unos cuantos años la rebelión había sido aplastada y miles de personas, incluyendo al propio Münzer, fueron ejecutados.

En este período también surgen las utopías renacentistas, y el ejemplo más notable lo tenemos en Tomás Moro (1477-1535) con su obra *Utopía*, escrita en el siglo XVI cuando Inglaterra afrontaba los conflictos creados por el paso de la economía agraria a la industrial.

Las utopías renacentistas

En la Europa del siglo XVI se verifica una profunda transformación cultural, espiritual y social, representada por los conceptos de Humanismo y Renacimiento. El primero se refiere a la exaltación de la *dignitas homini* como me-

dio y como fin, y el segundo tiene que ver con la certidumbre de hacer revivir una época pasada considerada como un modelo a igualar.

Para L. Philipart el humanismo:

Se puede describir como un movimiento estético, filosófico y religioso al mismo tiempo, preparado por las corrientes del pensamiento medieval, pero que se manifiesta como algo radicalmente diferente, aparecido en el siglo XV en Italia y difundido en el XVI por toda Europa, caracterizado por un esfuerzo, a la vez individual y social, por afirmar el valor del hombre y de su dignidad, y fundar en su estudio un 'modo de vida por el que el ser humano llegue a ser eterno.' (Philipart, 1980: 67-68).

Este autor considera como fundamentos del humanismo los siguientes aspectos: La herencia medieval, el redescubrimiento de la Antigüedad, la filosofía humanista basada en Platón y en los neoplatónicos.

Por otra parte, según el autor, siendo el hombre el centro de la reflexión humanista, éste elabora una ética a la vez individual y social que considera al hombre bueno por naturaleza. El fundamento de esta educación moral se encuentra en los escritos de la Antigüedad que hacen referencia a Sócrates, Platón y los estoicos, principalmente.

Trasladada al plano colectivo y social, la moral individual se vincula a

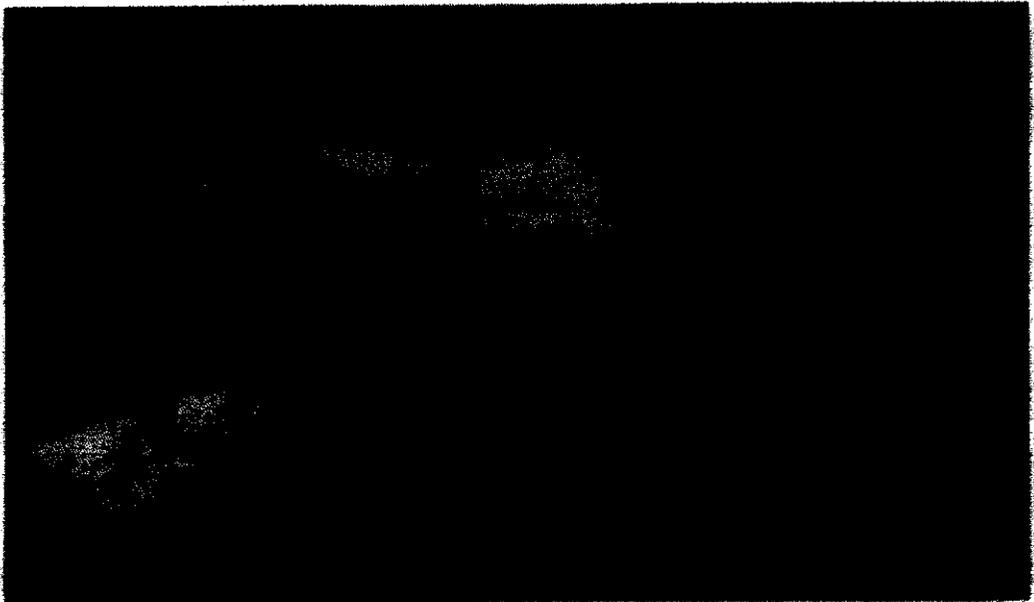
todo lo que preserve la libertad, a todo lo que permita una elección razonada del bien. Los representantes de estas ideas serían los utopistas del Renacimiento. En esta época de profundas transformaciones y convulsiones sociales los utopistas recurren al sueño, a la irrealidad de un lugar inexistente, para denunciar y evidenciar a través de su mundo imaginario los problemas que la realidad los incita a enfrentar.

Tomás Moro, principal autor utópico del Renacimiento, en su obra realiza una crítica a la sociedad de su época, a la propiedad y a la forma de utilización de los procesos técnicos durante la or-

ganización del trabajo para beneficio de las clases acomodadas de su tiempo.

Entre estos autores utópicos renacentistas también se encuentra Francis Bacon, con su obra titulada *Nueva Atlántida*, en la que realza el papel fundamental de la familia como centro de la sociedad.

Otro filósofo notable, perteneciente a esta corriente de pensamiento y del que nos ocuparemos fundamentalmente en este trabajo, es el italiano Tommaso Campanella (1568-1639), quien en su obra *La Ciudad del Sol* propone convertir en realidad su utópica ciudad, en la cual se instauraría la reforma mágica



Tercer episodio de la leyenda de Nastagio degli Onesti, 1482-1483. Sandro Botticelli. Temple sobre tabla, Museo del Prado.

que salvaría al mundo de la crisis en la que se encontraba.

La ciudad ideal de Campanella

Al igual que todos los autores de las utopías, Campanella cuida el carácter geográfico de su utopía. *La Ciudad del Sol* se encuentra situada en una elevada colina, ubicación que viene a solucionar dos problemas importantes para las ciudades de la época: la capacidad y la protección.

La idea de planificar las ciudades y de buscar lugares adecuados para el bienestar, pertenece a la época renacentista en la que el orden es una necesidad. Por ello la ciudad ideal en el Renacimiento integra lógicamente, naturaleza y razón.

Aquí, viene al caso recordar un largo y antiguo debate sobre las características que debe tener el lugar ideal. Mientras que la mayoría de las utopías del siglo XX, a partir de los descubrimientos científicos, atribuyen a éstos el logro de la felicidad humana, y planean un lugar lleno de máquinas que faciliten la vida del hombre, pero que al mismo tiempo desequilibran los ecosistemas. Los románticos, por el contrario, en el siglo pasado, al vislumbrar la amenaza de la destrucción del hombre por la mecanización, rechazaron todo lo que no perteneciera completamente a la naturaleza.

Descubridor de los caminos de la

ciencia en los que adquiriría confianza creciente para mejorar su situación, para la mentalidad del Renacimiento la ciudad ideal debía ser construida según la razón y a la medida del hombre. Tal elaboración utópica detallaba las condiciones de aislamiento características de las utopías renacentistas.³

La sociedad en *La Ciudad del Sol*

Los orígenes sociales de las primeras ciudades aparecen en la civilización agraria. Al albergar trabajadores especialistas en su seno, la ciudad se fue estratificando; es el caso de Florencia en la Edad Media.⁴

Las ciudades utópicas de los filósofos renacentistas presentan una situación de lucha continua por evitar esa estratificación y lograr la igualdad social, si bien esta igualdad dependía en todas ellas de una clase dominante, que en la utopía de Moro está compuesta por los archifilarcas y los príncipes, y en Bacon, por los padres de la casa de Salomón. En *La Ciudad del Sol* de Campanella los sacerdotes, Mor, Sin y Pon, son los encargados de gobernar a los habitantes y representan las tres virtudes o cualidades que son esenciales para el ser humano: amor, sabiduría y poder.

Estos tres gobernantes están encargados no sólo de impartir la justicia, sino también de regular el orden socioeconómico basado en el trabajo co-

munitario donde las funciones y servicios se distribuyen por igual. Así al dividir entre todos los oficios, artes y trabajos, sólo se trabaja cuatro horas al día; así que el tiempo restante es aprender jugando, discutiendo, leyendo, enseñando, caminando y siempre con alegría (Campanella, 1962: 21). Esta división del trabajo responde en gran medida a la justicia social requerida por todas las utopías; sin embargo hace a un lado la democracia para afirmar la aristocracia, pues el poder es detentado por una clase social única y especial.

Los utopistas trabajan para la realización de un solo fin: la felicidad del individuo que habita en sociedad. Para esta idea existen dos grandes tendencias: la de quienes se inclinan por un ordenamiento marcial con base en una autoridad que coacciona la libertad humana para el beneficio del resto de la comunidad; y la de quienes buscan la libertad total del hombre como base de su felicidad, y que incluso se sienten aterrados ante la idea de señalar normas que los regulen (Skinner, 1974: 11).

Campanella nos presenta en *La Ciudad del Sol* una sociedad que idealmente puede manejarse por sí sola, porque todos sus habitantes poseen una gran igualdad en su forma de pensamiento. Ahí, según el autor, no hay envidias ni odios; buena parte de esta unidad se debe a la educación que no sólo es un

derecho, sino un deber para el ciudadano de la sociedad campanelliana.

En la utopía de Campanella la educación está encaminada a lograr la igualdad social —aun en presencia de los tres poderes. Su concepción se encuentra muy ligada a su tiempo y a los patrones que su orden monástica le imponía, pero es innegable que el mérito de Campanella, como el de todos los grandes utopistas, reside en haber planteado modelos que parten de estructuras sociales apegadas a su tiempo, pero que despliegan posibilidades de creación de puntos de contacto con un futuro mejor.

La obra de Campanella ha de circunscribirse en el complejo escenario de la Contrarreforma, una situación crítica para el intelectual; por otra parte, la ciudad de Nápoles que conoció Campanella, como él mismo afirma en su libro, no presentaba una sociedad ideal digna de ser imitada.

En las tres obras utópicas más representativas del Renacimiento —*Utopía*, *La Ciudad del Sol* y *La Nueva Atlántida*— el poder está sostenido por una o algunas personas cuyo sitio es obtenido por su ciencia y su bondad; pero quizá sea en la implantación de las penas y castigos donde el comportamiento social alcanza su idealismo mayor, pues éstas se convierten sólo en una medida de defensa social, y las sanciones deben no sólo corregir al criminal sino también mejorarlo como miembro de la sociedad:

Campanella establece una escala de castigos, curiosa mezcla de innovación y conservadurismo: la reprimenda, la prohibición de la comida en comunidad, la prohibición del templo, la prohibición del comercio con las mujeres, el látigo, el exilio, la muerte o la ley del talión. Conjunto de castigos que intenta llegar al individuo en su dignidad y en su integridad física, sujeto a la vez al derecho disciplinario y al derecho penal propiamente dicho. De lo mismo puede dar cuenta el autor que parece dar a la ley del talión su verdadera economía: la búsqueda de una compensación exacta para el mal sufrido por la víctima, así como en el Levítico. Otro aspecto audaz y característico: la legislación solar no conoce el encarcelamiento. No hay prisión en la ciudad, con excepción de una torre donde sean encarcelados los enemigos rebeldes. En fin, se registra una humanización más neta de la represión en el plano de las penas corporales. (Folios: 243).

Esta idea de justicia probablemente sea tratada tan idealmente por Campanella a causa de su experiencia con las torturas de su tiempo; por otra parte, según el autor, los solarianos aseguran que "Los hombres de naturaleza mala, por temor a la ley, actúan bien y, cuando ésta no existe, destruyen la república en forma manifiesta o secreta". (Campanella, 1962: 18). Esta idea presenta un cierto determinismo social y muestra que los cuidados de los gobernantes de la *Ciudad del Sol* en la procreación es-

tán más relacionados con las obras naturales que guiados por la obligación de sostener una determinada clase social.

Por otra parte, al no existir diferencias sociales y al desaparecer la soberbia dentro de la sociedad utópica de Campanella, la esclavitud no existe tampoco. Curiosamente, en el libro de Moro, sí hay esclavitud. Campanella en su obra hace desaparecer la esclavitud, pero la menciona como inexistente y no deseable para una sociedad justa como la que intenta describir.

De igual manera, la inexistencia de seres humanos con algún mal físico, impide que exista la esclavitud o alguna desvalorización del trabajo que realiza cada individuo. Campanella afirma que ningún tipo de labor es despreciada por la ciudadanía solar.

La perfección física de todos los habitantes se alcanza a través de las uniones que el Triúnviro Mor, dispone: las proposiciones de Campanella a este respecto han sido muy criticadas porque prácticamente desaparece la voluntad del ser humano y el amor, pero, por otra parte, él mismo defiende esta circunstancia al afirmar que para lograr la justicia total, todos los bienes, incluyendo a los seres humanos, deben ser comunes; y que la propiedad, sobre todo cuando hay herencias y descendientes, crea ambición en el ser humano. En la *Ciudad del Sol* nadie ambiciona nada porque todos tienen lo mismo; las cien-

cias, las dignidades y los placeres son iguales para todos.

George Sabine afirma:

La división del trabajo y la especialización de tareas son condiciones de la cooperación social, y el problema del filósofo-rey, es el de ordenar estas cuestiones del modo más ventajoso. El único problema que queda se refiere a los medios por los cuales el estadista puede conseguir el ajuste necesario. En términos generales no hay sino dos maneras de afrontar este problema: se eliminan los obstáculos especiales que se oponen a la buena ciudadanía o se desarrollan las condiciones positivas de la buena ciudadanía. Lo primero da como resultado la teoría del comunismo, lo segundo la teoría de la educación (Sabine, 1945: 64).

Es decir, este orden, logrado mediante la implantación de leyes justas, es conseguido en gran parte a causa del control educativo, al cual los habitantes de *La Ciudad del Sol* dan gran importancia, pues a través del planteamiento de esta sociedad ideal, Campanella propone una renovación necesaria, cuya base descansaría en un cambio de mentalidad a través de una nueva educación como veremos enseguida.

La Educación en la utopía

Los fines de un sistema educativo están en relación con la sociedad en la que se desarrollan. Las sociedades descritas

en todos los libros utópicos intentan ser perfectas. De la misma manera, la mayoría de las utopías señala un sistema educativo que logrará la felicidad de los ciudadanos.

Hutchins, en *La universidad de Utopía*, afirma que:

los utopianos no pueden concebir que la finalidad de su vida consista en lograr fuerza industrial, poderío militar o mayor número de artefactos ... creen que su sistema educativo debe constituir una ayuda para determinar cómo usar esas cosas cuando se las tiene. (Hutchins, 1968: 30).

Por lo que respecta a las utopías renacentistas lo anterior constituye una premisa esencial. Los artefactos, inventos y adelantos científicos en las obras utópicas renacentistas sólo sirven para la defensa de sus ciudades, y su necesario aislamiento es producto de esta urgencia defensiva. Sólo es permitida la salida de los ciudadanos con el objeto de comerciar y aprender nuevas cosas. El estancamiento ideológico no existe, pues en el hombre renacentista hay una gran necesidad de conocimiento; y de otro lado, a causa de la filosofía pacifista planteada en las obras del Renacimiento, en ninguna de ellas se pretende la expansión o la apropiación de territorios o propiedades ajenas a través del desarrollo científico.

La educación es muy importante en

el sistema político señalado por Campanella, pues la división del trabajo está basada en la observación de cada individuo desde su niñez para descubrir sus principales inclinaciones. Asimismo, la igualdad social sólo se pone en duda en algunos casos, por ejemplo, en la idea de que sólo quien demuestra ser más útil a la comunidad es mejor. De esta manera, según Campanella, el gobierno lo ejercen individuos que, gracias a sus dotes intelectuales y a sus cualidades morales, son considerados aptos para llevar los cargos superiores, y no está de acuerdo con el hecho de que puestos tan importantes sean concedidos por razones hereditarias.

En el tema de la educación, la utopía de Campanella, con respecto a las otras obras producidas en su época, es la que intenta presentar un mayor sentido igualitario. Los niños no son educados por sus padres, sino por la comunidad. Campanella, al igual que Platón, consideraba la formación de la familia como un obstáculo para la entrega total de todos los ciudadanos a su gobierno y Estado. La educación por lo tanto, es una función de éste último. A los tres años, los niños son encargados al cuidado del régimen gubernamental.

La educación es obligatoria para los habitantes de *La Ciudad del Sol*; sin embargo, es también una diversión y placer, y según algunos críticos como Joyce Oramel Hertzler en su *The his-*

tory of utopian thought, Campanella se anticipó por muchos siglos a las intenciones de las nuevas rutas pedagógicas, pues logró captar que el vislumbriamiento (o “visualización,” como él lo denomina) de los conceptos por adquirir, es un método importante para lograr su aprendizaje.⁵

Campanella no descuida ninguna ciencia ni arte. Los muros de cada círculo en los que está dividida *La Ciudad del Sol* están dedicados a cada una de las ciencias.

Haciendo una comparación con *La Utopía* de Moro, donde el tema de la educación está apenas señalado, y con *La Nueva Atlántida* de Bacon, donde ésta se convierte en el tópico principal, se observa que Campanella, a diferencia de estos dos autores, trata el tema con ecuanimidad y medida, y quizás es el más acertado en presentar un tipo de educación que, aunque es demasiado ideal, se adelanta a su tiempo.

Así, para Campanella la educación se debe dar en forma natural, a través del método intuitivo, pero sujeto al conocimiento práctico. El alumno “aprende haciendo”, que es una de las metas pedagógicas más modernas. La finalidad es el provecho de la ciudadanía y la integración del individuo, lo más aceleradamente posible, al resto de la población activa.

En la sociedad ideal, existe sólo el ocio creativo y las diversiones son apro-

vechadas igualmente como motivos de búsqueda de conocimientos nuevos.

Para Campanella, la educación no es sólo un medio para poder vivir y mejorar el estilo de vida de una comunidad, sino también, consecuentemente, un cambio en las actitudes básicas de los individuos, que aportará el cambio total de la sociedad a la que pertenecen.

En suma, las ideas pedagógicas que plantea Campanella en su libro, responden a los conocimientos filosóficos y a las tendencias que venían dándose desde el Renacimiento, y se continúan con las ideas pedagógicas de Bacon y posteriormente con las de Rousseau. Su originalidad radica, no sólo en la llamada de atención de la urgencia de los conocimientos prácticos y la importancia del contacto humano con la naturaleza, sino también en la necesidad de transmitir los conocimientos a través de medios icónicos y divertidos, que es la meta de los caminos actuales de la pedagogía.⁶

La importancia del pensamiento utópico renacentista y, particularmente, el de Campanella, reside en su significación en la formulación ulterior del pensamiento político y social. Acaso este pensamiento anunciaba el advenimiento del racionalismo y de las ideas libertarias que enmarcaron el fin del Antiguo Régimen. Se nota asimismo la pertenencia del pensamiento utópico renacentista a la misma vertiente que

en particular preparaba los planteamientos generales del socialismo utópico.

El pensamiento utópico renacentista tiene en su principal contribución el haber situado a la humanidad sobre la tierra y como el centro de la acción humana, y atreverse a concebir un orden terreno mejor, sin admitir toda postergación del bienestar a un supuesto orden celestial.

NOTAS

- 1 Roger Mucchielli, *L'utopie de Thomas More*, p. 102.
- 2 Lenin, *El Socialismo Utópico y el Socialismo Científico*, p. 63.
- 3 "El hombre y la naturaleza, la razón humana y las leyes naturales se integran recíprocamente, y la ciudad ideal es a la vez natural y racional, la ciudad es construida según la razón y la medida del hombre, pero también la ciudad que responde perfectamente a la naturaleza humana." Eugenio Garin "La cité ideale de la Renaissance" en *Les utopies á la renaissance*. p. 16.
- 4 Cf. Egon Ernest Berge, *Sociología urbana*, p. 38.
"La estratificación de las ocupaciones en Florencia puede servir de ilustración. Primero por orden de importancia, venían los "nobili", la antigua aristocracia que gobernó la ciudad hasta 1282, cuando el pueblo les privó de todos los derechos políticos. La segunda clase se llamaba "arti maggiori", y estaba formada por los jueces, notarios, banqueros, mercaderes, comerciantes de telas y plateros. La tercera clase era la llamada "arti minori" y comprendía a los tintoreros, cardadores, lavaderos, herreros y lapidarios. Los que

pertenecían a una clase inferior carecían de derechos legales e incluso de nombre como clase.”

- 5 La educación de la juventud, por el proceso de la visualización, fue así sugerida, siendo su naturaleza tal que los niños adquirían inconscientemente y sin tedio un conocimiento de las cosas grandes y esenciales de la vida. Así Campanella se anticipó 300 años a la pedagogía de hoy. Joyce Oramel Hertzler, *The history of utopian thought*. p. 158.
- 6 ¿Reconocimiento de las cosas no es mucho más fácil de mostrar si los materiales ilustrativos están a la mano y si hay alguna vía para memorizarlos? Porque la instrucción entra también, más fácilmente, a través de los ojos que de los oídos mucho más placenteramente en presencia de los medios refinados que de los normales. Lewis Mumford, *The history of utopias*, p. 95.

BIBLIOGRAFÍA

- Beck, Robert H. *Historia social de la educación*. México, UTHEA, 1965.
- Beer, Max. *Historia general del socialismo y de las luchas sociales*. Buenos Aires, Siglo XX, 1978.
- Blume, Hermann. *La ciudad: Su origen, crecimiento e impacto en el hombre*. Madrid, Scientific American, 1976.
- Bergel, Egon Ernst. *Sociología urbana*. Bibliográfica argentina, 1955.
- Burckhart, Jacob. *La cultura del Renacimiento en Italia*. Barcelona, Rafael Salvá, 1951.
- Campanella, Tommaso. *La città del sole*. Milano, Feltrinelli, 1962.
- Corsano, Antonio. *Tommaso Campanella*. Bari Laterza, 1961.
- Engels, Federico. *Del socialismo utópico al socialismo científico*. Moscú, Progreso, 1978.
- Fernández de Escalante, Manuel. *Libertad natural y poder político en el Estado perfecto de Tomás Campanella*. Sevilla, Anales de la Universidad Hispalense, 1969.
- Garin, Eugenio. *Medioevo y Renacimiento*. Madrid, Taurus, 1981.
- _____. *Ciencia y vida civil en el Renacimiento italiano*. Madrid, Taurus. (Ensayistas, 211).
- Harrington, Michael. *El socialismo*. México, FCE, 1978.
- Heller, Agnes. *El hombre del Renacimiento*. Barcelona, Península, 1980.
- Hertzler, Joyce Oramel. *The history of utopian thought*, Nueva York, Cooper square publishers, 1965.
- Hutchins. *La Universidad de Utopía*. Buenos Aires, Eudeba, 1968.
- Lenin, *El socialismo utópico y el socialismo científico*. Moscú, Progreso, 1978.
- Lensky, Gerard. *Antecedentes sobre la desigualdad social y su origen*, en Claudio Stern (comp.) *La desigualdad social*. México, SEP-Diana, 1982. (p. 13-45).
- Mayer, Fredrich. *Historia del pensamiento pedagógico*. Buenos Aires, Capeluz, 1967.
- Moro, Campanella y Bacon. *Utopías del Renacimiento*. (Estudio preliminar de Eugenio Imaz). México, FCE, 1987. Colección Popular.
- Montenegro, Walter. *Introducción a las doctrinas político-económicas*. México, FCE, 1982.
- Mumford, Lewis. *The history of utopias*. Nueva York, Boni and Liverights Publishers, 1922.
- Philipart, L. *La Revolución espiritual*, en *Historia Moderna*, Madrid, Akal, 1980.
- Sabine, George, H. *Historia de la teoría política*. México, FCE, 1945.

Skinner, B.F. *Walden Dos*. Barcelona, Fontanella, 1974.

Uscatescu, George. *Utopía y plenitud histórica*. Madrid, Guadarrama, 1963.